

Las relaciones MEDICO-PACIENTE

Por JOSE FRANCISCO SOCARRAS



HIPOCRATES.
Miniatura bizantina del siglo XIV.

Cuán orgulloso me siento de ser médico! Y más, de serlo en la honrosa compañía de vosotros, señores académicos y señores médicos invitados a este acto. Entre vosotros, observo con gran respeto a algunos de quienes fueron mis profesores, al iniciarme en el estudio de nuestra difícil profesión. Me es grato declarar que mis maestros están grabados para siempre en el afecto de mi corazón y en el reconocimiento de mi inteligencia. Veo también caras amigas de condiscípulos, con quienes pasé horas alegres de juventud y horas inacabables de empeñosa labor, en los claustros de Santa Inés primero, en los de la Plaza de los Mártires, posteriormente, en las salas cargadas de historia del colonial San Juan de Dios, y en las entonces recién inauguradas del Hospital de la Hortúa.

Debo agregar que me siento muy cerca de la patria al identificar los rostros de quienes han llevado la medicina nacional a la cima en donde hoy se encuentra. Unos, porque hicieron avanzar años a la clínica interna. Otros, porque le imprimieron ritmo de progreso constante a la clínica y a las técnicas quirúrgicas. Tampoco faltan los innovadores que han traído al país especialidades que apenas conocíamos hace unos lustros, ni los investigadores científicos, sin cuya tarea silenciosa y tenaz nuestra profesión carecería de rumbo cierto. A mis compañeros de la Academia Nacional de Medicina debo agradecimiento incancelable, porque me han permitido alternar con tan notables compatriotas y, en particular, por el honor que esta noche me disciernen.

Pero decía que es imposible no sentirse orgulloso de ser médico. ¿Cómo no envanecerse de consagrar la vida a una profesión que nos permite realizarnos en la plenitud de los valores humanos? El hombre se hizo y se hace hombre por una rara cualidad de su ser. La capacidad que posee de comunicarse con otros hombres a todos los niveles de la persona. Podemos compartir alegría y amor

*Discurso pronunciado por el doctor José Francisco Socarrás al recibirse como miembro de número de la Academia Nacional de Medicina.

en edad temprana. Desde la alegría y el amor ingenuos que nos hacen sentir y devolver las sonrisas de la madre, hasta la alegría y el amor altamente espiritualizados que nos incitan a aceptar con júbilo el sacrificio de la propia vida en defensa de otras vidas. O, como holocausto a creencias profundamente enraizadas en nuestra mismidad. Desde muy pronto, nos sobresaltamos con el miedo que nuestra madre experimenta ante cualquier peligro que nos aceche. Y más adelante, nos estremecemos con las muchedumbres pávidas en medio de los sacudimientos imprevistos del universo. La tristeza ata íntimamente a madre y niño, convirtiéndose en el primer vínculo que resiste al abandono. De grandes, nos dolemos con padres y hermanos, con esposa e hijos, con amigos y compañeros, de las rupturas transitorias o definitivas, de los adioses, de las ausencias, para no reincidir en la separación dolorosa. La cólera acompaña nuestra protesta inicial ante las frustraciones. Más tarde, la misma cólera vuelve a crisparnos en la compañía de los justos que reclaman contra la violación de la ley, las injusticias de cualquier índole, las desigualdades sociales. Nada más exultante para nuestro ánimo que el arrobamiento y la sorpresa con los cuales el niño abre cada día los ojos ante el mundo, siempre nuevo para sus miradas atónitas. ¿Cómo podría existir ciencia, si no fuéramos susceptibles a esa curiosidad y a ese asombro? En este intercambio de corazón a corazón está el hombre puro, sin artificios ni ocultamientos.

Y viene después la capacidad de actuar sobre la realidad externa y cambiarla y modificarla y conocerla al través de la acción. Y ahí también nos urge el intercambio con otros hombres en el trabajo en común. No se conocen cazadores solitarios, ni solitarios recolectores de frutos, ni menos cultivadores solitarios de la tierra. Sabemos de manera exacta que nuestra inteligencia centuplica el rendimiento, cuando labora en grupos debidamente estructurados. Más, si el sistema de pensamiento sigue el camino de la contradicción socrática. Y llegamos así a la palabra. En el principio fue el verbo. Y en verdad, al través del verbo hemos logrado la máxima expansión del espíritu creativo. Disponemos de maravilloso instrumento que nos permite reducir a símbolos en número limitado la infinita multiplicidad de

todo lo existente. Por medio de la palabra recibimos y transmitimos la herencia cultural acumulada durante milenios. Sin ella, ¿cómo poner en marcha el complejo y delicado mecanismo de nuestra inteligencia?; ¿cómo abstraer y generalizar?; ¿cómo conformar ideas, juzgar, razonar, concluir?; ¿cómo ejercer el sencillo acto de aplicar nuestra voluntad libérrima al discurrir de la vida cotidiana?

Excusadme, señoras y señores, este dispendioso paréntesis sobre la condición humana. El era necesario para venir a lo que vengo. ¿Quién como el médico ha menester mantenerse a toda hora en comunión con los otros? Si del contacto de corazón a corazón se trata, nosotros escuchamos y respondemos al primer llanto del recién nacido e intercambiamos júbilo o quejumbre con la mujer que acaba de ser madre, según que la buena o adversa fortuna acompañe la presencia del nuevo ser sobre la tierra. Nos alegramos o entristecemos con los vacilantes pasos iniciales del niño, y con las alegrías o las aprehensiones de los padres, conforme el avance del hijo sea triunfal o muestre alternativas desfavorables. Frente al hombre enfermo no hay dolor que no nos afecte, ni alegría que no nos recompense. Por eso somos los primeros en acudir cuando quiera peligrar la vida humana. Las hecatombes naturales, la guerra, la peste, nos convocan simplemente, sencillamente, y compartimos afanes, angustias, dolores, la satisfacción de servir y ayudar y —¿por qué no expresarlo?— la alegría de triunfar sobre la enfermedad y la muerte, cada vez que logramos alejarlas de nuestro alrededor. Pero, no es por excepción que se pone a prueba nuestra capacidad de interacción. A cada paciente que solicita nuestra ayuda, la primera receta que le extendemos es el don elemental de nuestra persona, como lo ha señalado sagazmente Michael Balint. De allí que mantengamos a flor de labios la palabra reconfortante, y a flor de piel, la actitud acogedora y el gesto que inspira confianza, a modo de invitación para que el otro se nos de en la misma forma en que nosotros nos damos. Entramos a la intimidad de los hogares, y en su seno hemos de ser amigos, consejeros, confidentes. ¿Es que, acaso, podríamos ejercer semejante ministerio, encerrados dentro de nosotros mismos?

El acto clínico es por excelencia el que exige

la máxima realización de nuestra calidad humana. No creo que existe otro acto voluntario que le sea comparable. Ante todo hemos de vivir estrechamente la vida del otro, para aprehender mediante intuición y razón cuanto a él se refiere. El otro ha de sentirnos también en la totalidad de nuestra condición de hombres. De lo contrario, ¿cómo abrirse como libro inédito a nuestro conocimiento? Ciertamente que el entendimiento se encargará de desmenuzar la información. Pero, sin la apertura afectiva, nada podría él, por más armada que esté con el fino escalpelo del análisis. El acto clínico resume la lógica y la metodología de las ciencias, según el esquema clásico de Stuart Mill. Todos nuestros sentidos han de colocarse en estado de alerta para percibir, y nuestra mente ha de mantenerse ágil para el doble movimiento inductivo deductivo de rigor, justipreciando hechos, examinando todas las hipótesis posibles, confrontándolas a cada paso con la realidad, a fin de concluir en un diagnóstico y formular un pronóstico, tanto más difícil cuanto que la enfermedad es apenas episodio en el discurrir dialéctico de la existencia. Y queda lo más difícil: decidir sobre el tratamiento. Cuánta voluntad de dominio, cuánta seguridad en nosotros mismos, cuánta confianza en nuestra inteligencia, cuánta responsabilidad se necesitan para adoptar una conducta terapéutica. A veces solemos encontrarnos en encrucijadas dramáticas de vida o muerte. Y siempre, delante de la disyuntiva hamletiana del ser y del no ser, supuesto que los otros colocan sus vidas en nuestras manos. Y vuelvo al interrogante del comienzo. ¿Cierto que ninguna profesión puede brindar al hombre la oportunidad de realizar a plenitud su condición humana? Yo admiro profundamente a los cirujanos, a cuyos dedos hábiles confiamos nuestra suerte, al minuto y hasta al segundo de un movimiento acertado o torpe.

Me siento así mismo orgulloso de ser médico porque ninguna profesión como la nuestra que haya hundido sus raíces en las fértiles entrañas de nuestra patria. Durante muchos años fueron médicos quienes se ocuparon del conocimiento del medio inerte y vivo de Colombia. Aquí tuvo lugar la exploración más estupenda de la América recién descubierta, merced a la Expedición Botánica. Y Mutis, el sabio gadita-

no, fundó escuela de ciencias médicas, que prolongaron largamente su prodigioso magisterio. Larga es la lista de los colegas que se han ocupado de la geografía, de los animales, de las plantas, de los pobladores de la nación. No solo han estudiado el ambiente sino que han procurado su saneamiento. La llamada esquina del continente, que nos tocó en suerte, está asolada por plagas propias de la zona tropical. La fiebre amarilla, la malaria, el pian, la parasitosis intestinal en sus formas variadas y múltiples, y otras endemias han diezmando y aún diezman nuestro pueblo. Algunas de ellas han sido erradicadas, otras han ido disminuyendo de manera apreciable.

Al lado de los flagelos tropicales hemos tenido otros no menos abrumadores, entre los cuales cabe mencionar el alcohol, la desnutrición, la tuberculosis. También estos han encontrado a los médicos librando lucha tenaz y constante. Se cuentan éxitos parciales, como el de nuestro inolvidable Jorge Bejarano, a quien el país no ha agradecido suficientemente haber proscrito la chicha, bebida contra la cual habían librado escaramuzas sin éxito la iglesia. Y los virreyes. Queda todavía mucho por hacer, pero ahí están en la brecha nuestros higienistas, esforzándose por salvaguardar la salud de nuestros compatriotas. Cuando hablamos de saneamiento ambiental, nos compete rendir homenaje de admiración a quienes han desafiado los peligros de nuestras selvas inhóspitas, con sus ríos torrentosos, y su interperie desolada.

La asistencia pública ha sido en gran parte fruto del empeño médico. Hospitales, clínicas, centros de salud, han sido iniciativa o creaciones de médicos. El Instituto de Seguros Sociales nació con nuestro apoyo y colaboración, y no ha habido ni hay una sola entidad que se ocupe de la salud, que no cuente con nuestra devota colaboración. Hay médicos dispersos por todo el territorio de la república. Es una lástima que su número no sea suficiente para cubrir las necesidades nacionales. En todo caso, ¿cómo no admirar al médico rural, apóstol en el amplio sentido de la palabra, que vive por años y años venciendo dificultades sin cuento, movido solo por el ánimo de servir a sus conciudadanos? En la especialidad que me concierne, la tarea ha sido por demás meritoria. Salida del tradicional asilo de locos, la

psiquiatría ha avanzado entre nosotros hasta colocarse a la par de otras especialidades. Sólo es de lamentar que el estado no provee las instituciones de los recursos que requieren. Sería torpe de mi parte elogiar nuestro avance en psiquiatría sin mencionar los nombres de mis maestros Maximiliano Rueda, Julio Manrique y Miguel Jiménez López, miembros sobresalientes que fueron de esta Academia, a quienes se debió la transformación de los manicomios de Bogotá en hospitales psiquiátricos.

Y todo lo anterior viene de tiempo atrás. Los médicos hemos estado vinculados a la existencia de Colombia desde su nacimiento como nación independiente. El 20 de julio de 1810, nuestros antecesores en la profesión se decidieron por la causa de la República. En Santa Fe de Bogotá solo hubo una excepción respetable: la de don Vicente Gil de Tejada. Nuestros colegas de entonces sufrieron persecuciones, prisión y varias otras penas. Bien podemos enorgullecernos de José Fernández Madrid, José Félix Merizalde, Manuel María Quijano, León Vargas, José Manuel Vega, Benito Osorio, Juan Ma. Pardo, José C. Zapata, Pedro Lasso de la Vega, Santos González, Francisco Ignacio Carreño, Juan Alberto Gutiérrez, el inglés Carlos Moore, médico de la Legión Británica y muchos más. Vega estuvo en el sitio de Cartagena. León Vargas acompañó al ejército libertador en la campaña de los Llanos. Gutiérrez prestó servicio en la batalla de Boyacá.

Justiprecio y valoro el honor de reemplazar en el sillón de la Academia a nuestro colega Guillermo Nieto Cano. Pertenecía él a nuestra más pura clase intelectual, clase la más estable de nuestro país, la única quizás en la cual los apellidos tienen vigencia al través de los años. Segunda generación de Nietos, tercera generación de Canos y Caballeros, que es como quien dice heredero de tradiciones culturales, de hombría de bien, de desgano por la riqueza, los honores, la fácil vanagloria. Aún lo recuerdo en la compañía de su padre, don Agustín, el maestro por antonomasia, cuando fue mi discípulo en aquel año preparatorio de la Universidad Nacional, célebre por sus intenciones didácticas y por su existencia fugaz. Lo recuerdo, joven médico, precozmente serio, en-

tregado al estudio y a la práctica de su especialidad, la cual contribuyó a crear entre nosotros, y en la cual descolló entre los mejores. Lo recuerdo, aún más, de profesor en la Escuela Normal Superior, que yo regenté durante varios años. Lo recuerdo, preparando el trabajo con el cual ingresó a esta Academia. Estudiaba entonces las consecuencias sobre el carácter, de las deformaciones producidas en el cuerpo por lesiones a veces accidentales. Casi que lo veo iniciándose en la lectura de Max Scheller, de Adler, de Marañón, cuyo estudio sobre Tiberio todavía nos sorprende. Aplicado e inteligente como era, Guillermo Cano profundizó en la materia y escribió excelente ensayo. Su paso por nuestra institución fue fructífera, como lo fue también su notable acción hospitalaria. La muerte lo sorprendió en plena madurez, privando al país y a nuestra profesión de un investigador sagaz, de un colega ejemplar y de un escritor disertador, porque el doctor Nieto también era escritor. Para mí es gran honor reemplazarlo en la corporación y rendir a su memoria el tributo de nuestro reconocimiento.

La Academia ha designado como mi recipiendario al doctor Adolfo De Francisco Zea. Nada más grato a mi espíritu que una tal designación. Como el doctor Nieto Cano, pertenece el doctor De Francisco a la clase intelectual del país. Y a fé que es digno de su estirpe letrada. Buen médico, buen investigador, buen amigo, buen colombiano, ¿qué más cualidades puedo pedir de quien me da la bienvenida a esta ilustre corporación? Vosotros acabáis de oír la notable exposición que ha hecho acerca de la evolución de la psiquiatría durante los últimos decenios. En ella la erudición corre pareja con la madurez de juicio y la claridad y correcta fluidez idiomática. Sólo un reproche tengo que hacerle al noble amigo y distinguido académico: ha dicho de mí más de lo que merecen mi modesta obra y humilde persona.

Señoras y señores, mil gracias por haber prestado atención a estas deshilvanadas palabras. Cuando se ha entrado en años, se suele perder la noción del tiempo, especialmente para los recuerdos, y con facilidad se cae en el abuso de la paciencia de quienes nos escuchan. Achaques de la edad, distinguidos colegas y amigos.